

Edison Francisco Viveros Chavarría

Sobre el problema de la libertad (*)

Resumen: *En este artículo se discute el problema de la libertad. La hipótesis de lectura es: hace parte de la naturaleza humana actuar con maldad y benevolencia y entre estas dos formas de acción está la libertad. El mal se representa en actos que pretenden lastimar y aniquilar a otro. La benevolencia se distancia de la excesiva mismidad y halla su mayor expresión en la felicidad colectiva y el bien común. El lugar del otro no es el del aniquilamiento sino el del vínculo. Reconocer la cercanía que existe entre la bondad y la maldad permite discernir estrategias para afrontar situaciones de conflicto, el cual hace parte de la condición humana.*

Palabras claves: *Libertad. Ética. Alteridad. Maldad. Benevolencia.*

Abstract: *This paper discusses the Freedom problem. The hypothesis of Reading is that it is part of human nature to act with an evil intention and with benevolence, and between these two forms of action freedom is positioned. Evil intentions are acts that expect hurt and destruction for another. Benevolence is far from excessive sameness and find its greatest expression in collective happiness and common benefit. The place of other is not destruction, it is bond. To recognize the proximity that exist between goodness and evil intention permits to distinguish strategies in order to confront conflict situations. This is a part of human condition.*

Keywords: *Freedom. Ethics. Otherness. Evil intention. Benevolence.*

1. Entre el mal y la benevolencia está la libertad. A propósito de la introducción

No hace falta recurrir al diablo para entender el mal. El mal pertenece al drama de la libertad humana. Es el precio de la libertad (Safranski, 2010, 13).

El mal se representa en actos que pretenden lastimar y aniquilar a otro. Los seres humanos tienden a esconder aquellos actos que los avergüenzan, saben que el mal es una opción que tienen a la mano y lo han ejecutado. Sin embargo, el mal no se consume a partir de un plan detallado, aunque este exista, sino que se va desarrollando de formas inesperadas. Los actos de maldad se nutren de la libertad humana y de la emotividad que acompaña la racionalización de aquella. Emoción y razón están estrechamente relacionadas en el acto de maldad. Obrar mal hace parte de la condición humana.

El mal también se expresa en pequeños gestos, indiferencias y complicidades. Estas formas de hacer práctico el mal son bastante contundentes. Hacerse el de “pocos oídos” frente al sufrimiento del otro, contribuir a dañar su honra y buen nombre o descalificar, son apenas algunos ejemplos de las posibilidades con las que se alimenta la maldad. Estar desvinculado de los otros y hacer de la soledad la habitación constante para el fortalecimiento de la mismidad es el origen del mal. La mismidad con límites

no es el mal. El mantenerse referido a sí mismo como primera y más relevante opción atasca toda alteridad. Coincido con Safranski (2010) cuando sostiene que

[e]l mal no es ningún concepto; es más bien un nombre para lo amenazador, algo que sale al paso de la conciencia libre y que ella puede realizar. Le sale al paso en la naturaleza, allí donde ésta se cierra a la exigencia de sentido, en el caos, en la contingencia, en la entropía, en el devorar y ser devorado, en el vacío exterior, en el espacio cósmico, al igual que en la propia mismidad, en el agujero negro de la existencia. Y la conciencia puede elegir la crueldad, la destrucción por mor de ella misma. Los fundamentos para ello son el abismo que se abre en el hombre (14).

Actuamos mal cuando estamos heridos, decepcionados o vemos cerca una inminente aniquilación de nuestra propia vida, un sueño o un anhelo. Por eso el mal no se reduce a un término, a ese estéril afán de la llegada a la definición precisa o tal vez a la exégesis. Se trata aquí de la aplicación del mal, del disfrute en el dolor del otro, de su caída. Aquello que se constituye en una amenaza ofrece las condiciones de la disminución, el arrinconamiento y la exclusión. El mal es el sinsentido del daño, la trivialidad de la íntima y soterrada destrucción. El encerramiento en el agujero de la vida que carece de significado. El peor acto de maldad es la programada indiferencia y banalización del otro.

Pinker (2012) sostiene que el mal son demonios interiores como la violencia, la depredación, la dominación, la venganza y el sadismo. Dice que “el mero proceso de identificación de nuestros demonios interiores puede ser el primer paso para tenerlos bajo control” (742). La limitación que observo en este planteamiento es que al ser una postura “psicologista” no logra articular una interpretación que integre la vida política, económica, social, familiar, educativa y conflictiva que interactúan cotidianamente en la existencia de todo ser humano. Pienso que esta perspectiva es insuficiente para comprender el problema del mal por su insistencia en la explicación biologicista de la psique humana (Ψυχή). Opino que la maldad ha de ubicarse en

el plano de la libertad. Los seres humanos hacen el mal por elección, no porque otros seres los obliguen a actuar con maldad. Tampoco creo que sea un asunto sólo de emotividad o intercambio de sustancias bioquímicas en el cerebro humano. Es principalmente un acto de libertad al servicio de lo peor, del daño y de la aniquilación del otro.

En relación con la benevolencia Seoane (2004), a partir de una lectura de Hutcheson, sostiene que esta “se define, de manera hedonista, como una inclinación cuyo objeto es la felicidad de los demás” (31). Es decir, la felicidad es aquello deseable y por lo que todo acto de bondad cobra sentido. El bienestar del otro se configura como el ideal de acción buena.

La benevolencia se distancia de la excesiva mismidad y halla su mayor expresión en la felicidad colectiva. Actuar con bondad consiste en articular la elaboración de la propia virtud con el bien colectivo. El lugar del otro no es el del aniquilamiento sino el del vínculo. El sentido del acto bueno no es el de alejar a los otros de las posibilidades de ejecutar un acto malo o de ser víctima de él, se refiere más a encontrar placer en el bien del otro. En ese sentido juega un papel relevante la libertad. Dice Seoane (2004): “[L]a benevolencia ha de tener en cuenta el sentido público que no es sino la determinación a placerse con la felicidad de los otros y displacerse con su miseria” (32).

Sin embargo, esta posición deja de lado la acción que se deriva del plano del placer o el displacer. Acudo al plano de la acción cotidiana, a la libertad de sostenerse en la convicción de ejecutar el acto benevolente. Por eso afirmo que la libertad es el eje del problema entre la maldad y la bondad. Para Aristóteles lo bueno es inseparable de lo justo, es decir, de la acción que beneficia a la comunidad. Sostiene el filósofo que

[s]e dice bien, pues, que realizando acciones justas y moderadas se hace uno justo y moderado respectivamente; y sin hacerlas, nadie podría llegar a ser bueno. Pero la mayoría no ejerce estas cosas, sino que, refugiándose en la teoría, creen filosofar y poder, así, ser hombres virtuosos; se comportan como los enfermos que escuchan con atención a los médicos, pero no hacen nada de lo que les prescriben. Y así, como estos pacientes no sanarán del cuerpo con

el tratamiento, tampoco aquéllos sanarán del alma con tal filosofía (Aristóteles, 2014, 59; Libro II, 1105b, 9-15).

En este sentido el acto benevolente no es ejercido por alguien que no se ha trabajado en la virtud dianoética y ética. Es decir, “la dianoética se origina y crece principalmente por la enseñanza, y por ello requiere experiencia y tiempo; la ética, en cambio, procede de la costumbre” (Aristóteles, 2014, 52; Libro II, 1103a, 15-20). Continúa exponiendo: “practicando la justicia nos hacemos justos; practicando la moderación, moderados, y practicando la virilidad, viriles” (53; Libro II, 1103a, 35-37). Es decir, no es suficiente con sentir el displacer por lo malo y el placer por lo bueno, sino que se hace fundamental el acto justo en el plano individual y en el colectivo. En este sentido de la relación entre el mal y el bien con la libertad quiero exponer la tesis de este escrito: *Hace parte de la naturaleza humana actuar con maldad y benevolencia y entre estas dos formas de acción está la libertad.*

2. El mal limitado por el acto benevolente en el ejercicio de la libertad.

A propósito del cuerpo argumentativo

La meta de toda especulación moral es enseñarnos nuestro deber, y mediante representaciones adecuadas de la fealdad del vicio y de la belleza de la virtud, engendrar en nosotros los hábitos correspondientes que nos lleven a rechazar el uno y abrazar la otra (D. Hume, 2006, 37).

Para Pinker (2012) la bondad se refleja en los seres humanos a través de ángeles que llevamos dentro. Estos seres son representados en la empatía, el autocontrol, la evolución humana, la deliberación moral, la racionalidad, la inteligencia, la democracia, la cooperación, el liberalismo, la distribución equitativa de la economía, la educación y la política. Pinker es un optimista de la superioridad de la benevolencia

sobre la maldad. Sustenta su esperanza en datos empíricos de estudios estadísticos y en una perspectiva evolucionista que evidencia que la violencia humana viene en declive. ¿Qué ha hecho que las prácticas de aniquilación de los otros no se hagan a gran escala sino con un impacto menor y más deliberado? Pinker cree que es la evolución humana, tanto la biológica como la cultural y política.

Opino que la perspectiva optimista del ser humano de este psicólogo evolucionista es sugestiva pero carece del matiz político, social y económico de las complejas relaciones establecidas entre seres humanos y Estados. Lefort (2007), inspirado en sus lecturas de Maquiavelo, afirma que

[L]os felices acontecimientos de los que se beneficia Roma se refieren a los conflictos que opusieron al senado con la plebe, hasta el punto de descubrir en ellos el resorte de la grandeza de la República, de celebrar la virtud de la discordia, de la desunione (237).

El excesivo optimismo de Pinker se debe matizar cuando escuchamos a Lefort. Sí hay posibilidad de generar actos de benevolencia sobre los actos de maldad, pero con una práctica política que admita el conflicto. Si a los seres humanos se les deja a su libre albedrío el problema de la maldad y la bondad entonces su inclinación será el egoísmo. Pero si existe un límite a su desbordado deseo de dominar a otros las cosas podrían comenzar a equilibrarse. Por eso lo que descubre Lefort en Maquiavelo es bastante potente: el valor del conflicto limitado por la deliberación pública. Aquellos que desean dominar encuentran una frontera, los otros que no quieren ser dominados encuentran una salida que puede llevar a la igualdad. De fondo es el problema de la maldad y la benevolencia. La primera es egoísta, individualista. La segunda es colectivista y privilegia el vínculo con los demás a partir de la búsqueda de su bienestar y su virtud.

En la naturaleza humana está la posibilidad de actuar en detrimento del otro. Pero aparece un problema mayor referido al mal y es cuando este está dirigido a sí mismo. No querer indagar por el fundamento del sentido de la vida propia,

evadir la responsabilidad de construir una posición singular, ahondar en aquello que produce malestar y permanecer en ese lugar y poco a poco destruirse con prácticas que van en contra de sí mismo, puede llegar a ser un mal no menor que el que se hace a otros. Así que el mal no es sólo el egoísmo, sino que en medio de ese estar concentrado en sí mismo el mal tiene su mejor contexto para confundir y hacer perder el sentido de la propia existencia. En este sentido un ser humano puede dirigir el mal hacia sí mismo.

Dice Safranski (2010): “¿Cómo podemos proteger al hombre contra el peligro de traicionarse a sí mismo? ¿Cómo podemos protegerlo contra él mismo?” (14). Luego, ofrece una sugestiva salida del problema: el drama de la libertad exige saber diferenciarse de los demás, es necesario trazar un límite y admitir la posibilidad de hacerse de enemigos. Lo interesante de esta idea es que un enemigo es aquel del que se quiere distanciar, pero no aniquilarle y ahí hay una radical diferencia con la idea de borrar al otro que se hace detestable ante los ojos propios. El límite es puesto en la libertad de no arrollar al otro, ni a sí mismo aunque el malestar y la incomodidad persistan en habitar en medio de la relación social y consigo mismo. El acto benevolente implica el enfrentamiento con la incomodidad de la vital singularidad del otro que me desagrada, pero a la vez me garantiza que puedo ser peculiar así moleste a los demás. La libertad de ser distinto me impone el respeto por lo heterogéneo del otro y en ese sentido el vínculo no pasa por el relativismo de la empatía o la antipatía, sino por el reconocimiento de la condición conflictiva que existe en las relaciones humanas.

Si obrar mal hace parte de la condición humana entonces el actuar bien no se contrapone al mal, sino que cohabitan los actos malos y buenos. El egoísmo, el mal hacia sí mismo, la salida de sí para vincularse con los otros, buscar la felicidad propia a través de la virtud y la excelencia y buscar la felicidad de los demás son partes del mismo rompecabezas. La dualidad humana entre el bien y el mal no se oponen, se complementan. Por eso cuando Hume (2006) nos dice que la clave está en discernir la fealdad del vicio de la belleza que tiene la virtud, está insistiendo en la práctica de la libertad. Con esta podemos crear

los hábitos convenientes para distanciarnos de la maldad y aproximarnos a la benevolencia. Rechazar la primera y abrazar la segunda. En Hume puede notarse que reconoce la existencia de las dos posibilidades y en medio de ellas ubica la libertad basada en la deliberación moral. El problema del bien y el del mal son problemas morales y por tanto dilemas que se resuelven en la práctica de la libertad y la justicia, como bien lo muestran algunas ideas de Aristóteles expuestas en la introducción de este escrito.

3. Consideraciones finales

La tesis que se ha defendido en este escrito consistió en afirmar que *hace parte de la naturaleza humana actuar con maldad y benevolencia y entre estas dos formas de acción está la libertad*. La maldad y la benevolencia no se oponen sino que se complementan. La maldad no consiste en la imagen de un diablo que azuza a un sujeto para que cometa el acto malvado despojándolo de toda responsabilidad. La maldad está expresada en pequeñas cosas y gestos que se van entramando y construyen los contextos para la aniquilación del otro. La bondad no consiste en mantenerse en la ilusión de la paz interior de un sujeto que cree no experimentar el malestar y la incomodidad de vivir con otros, o que con pasar largos tiempos en prácticas meditativas se puede librar de algo que constituye esa arista malvada de la naturaleza humana. Meditar no cura la descuidadamente llamada “enfermedad” de la maldad. Acepto que el acto de la meditación es importante pero tiene sus límites, no hay que darle el ingenuo lugar de la burbuja que nos protege de la maldad humana.

Prefiero creer que la benevolencia se elabora en singulares y sencillos actos de vinculación con los demás para construir una forma amable de vivir juntos y cooperar unos con otros. También en saberse distanciar de aquellos que nos hacen mal o están en potentes condiciones de hacerlo porque saben disfrutar cuando aprovechan las vulnerabilidades y las fragilidades que tenemos. El acto de bondad está en hacerse responsable del otro acogéndole y ofreciéndole hospitalidad. El gesto de la benevolencia es el ágape de la reunión,

del encuentro, del diálogo y la amistad porque, como dice Étienne de La Boétie, (2008),

La amistad es un nombre sagrado, es cosa santa; jamás se da sino entre gentes de bien, y no prende sino por estima mutua. Se mantiene no tanto en virtud de los beneficios sino por la vida buena. Lo que hace que un amigo esté seguro de otro es el conocimiento que tiene de su integridad [...] No puede darse amistad ahí donde hay crueldad, ahí donde hay deslealtad, ahí donde hay injusticia [...] (56).

A la noción de la maldad como algo de lo que hay que alejarse opongo la relevancia de aceptar que todo ser humano en algún momento ha optado por lastimar a otros y ha disfrutado el verlos caer. Reconocer la cercanía que existe entre la bondad y la maldad nos hará más sensatos a la hora de discernir la construcción de estrategias para afrontar situaciones de franca oposición, y darnos cuenta de que el conflicto, como lo señaló Lefort (2007), hace parte de la condición humana. A este reconocimiento pongo en frente la creatividad de inventar constantemente las formas de distanciarse de los actos de maldad como efecto de la deliberación moral que facilite abrazar la belleza de la benevolencia, la virtud y la justicia.

(*) Este texto forma parte del proyecto “Los problemas de la ética en Ciencias Sociales”. Contó con el apoyo de la Fundación Universitaria Luis Amigó y la asesoría del profesor Eufasio Guzmán Mesa, del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.

Referencias

- Aristóteles. (2014). *Ética a Nicomaco*. Madrid: Gredos.
- De La Boétie, É. (2008). *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*. Madrid: Trotta.
- Hume, D. (2006). *Investigación sobre los principios de la moral*. Madrid: Alianza.
- Lefort, C. (2007). Maquiavelo y la verità effettuale. En: *El arte de escribir y lo político*. Barcelona: Herder, 233-277.
- Pinker, S. (2012). *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*. Barcelona: Paidós.
- Safranski, R. (2010). *El mal*. Barcelona: Tusquets, Fábula.
- Seoane, J. (2004). *Del sentido moral a la moral sentimental. El origen sentimental de la identidad y ciudadanía democrática*. Madrid: Siglo Veintiuno.

Edison Francisco Viveros Chavarría
(viveros.edison@yahoo.com; edison.viverosch@amigo.edu.com). Profesional en Desarrollo Familiar (Funlam). Estudiante de Filosofía (Universidad de Antioquia). Especialista en Teoría, Métodos y Técnicas de Investigación Social (Universidad de Antioquia). *Magister* en Educación y Desarrollo Humano (Universidad de Manizales-CINDE). Docente de la Fundación Universitaria Luis Amigó, con categoría de asistente.

Recibido: el lunes 7 de diciembre de 2015.
Aprobado: el miércoles 16 de diciembre de 2016.